

de Módena y la de Belleford, para llorar allí á su libertad.

La reina tuvo el ánimo de escribir á su marido pidiéndole ir á participar de su dolor ; pero el rey le hizo responder por medio de Lebel, que no la vería hasta que fuese á Versailles.

CAPÍTULO XII

Matrimonio del delfin. — Se casa con la hija de Felipe V y de Isabel Farnesio. — Temores de Richelieu después de la muerte de la señora de Chateauroux. — Silencio del rey. El duque se conserva en la gracia de Luis XV. — La señora de Flavacourt. — La señora de Rochechouart. — Fiestas que dió la villa de Paris. — Paisanos y paisanas. El baile de la villa. — Los cazadores. — Los disfraces. — El pie de la señora de Chateauroux. — Los talentos de la señora de Etioles. — La cena del 22 de abril. — El señor Normand de Etioles. — La correspondencia del marido. — La correspondencia del rey. — Vuelven á romperse las hostilidades. — Ingleses y holandeses. — El arresto de los señores de Belle-Isle. — Mauricio de Sajonia. — La batalla de Fontenoy.

Comenzó el año de 1745 con el matrimonio del delfin con la infanta Maria Teresa, Antonieta, Rafaela, hija de Felipe V y de Isabel Farnesio.

Todo Paris era fiestas, pero el rey, profundamente triste por la muerte de la señora de Chateauroux, y afectado por el fastidio que era el cáncer de su vida, y que el vacío que habia dejado en ella la muerte de la hermosa duquesa hacia aun más profundo ; el rey, tal vez, no habria participado de ninguna de estas fiestas, si no hubiese vuelto Richelieu de los estados de Languedoc, para comunicarle un poco de animación y alegría.

La muerte de la señora de Chateauroux no sólo había causado un gran sentimiento á Richelieu, sino que le había también infundido un gran miedo.

Amiga íntima del duque, y mujer con la que un amigo suyo podía contar con seguridad, conservaba la duquesa en un escritorio particular toda la correspondencia del duque; y en esta correspondencia no se descuidaba Richelieu en darle consejos acerca de la manera con que debía manejar al rey, contando más con los vicios del rey que con sus virtudes, para que la hermosa favorita conservase siempre superioridad sobre su real amante, al que ninguna consideración se guardaba en esta correspondencia; por lo que si S. M. encontraba por casualidad este escritorio, corría mucho riesgo el favor de Richelieu.

Mucho miedo debía tener Richelieu, puesto que él mismo ha confesado, que cuando supo la muerte de la señora Chateauroux, cayó de rodillas diciendo con un ansia llena de religión y sobre todo de egoísmo:

— ¡ Dios mío ! haced que el rey no encuentre cierto escritorio....

El rey nada encontró, ó por lo menos no dió á entender que lo hubiese hallado; y Richelieu, no oyendo hablar del escritorio, ni viendo venir ninguna orden de prisión, se tranquilizó y volvió á París, donde el rey, al que divertía su charla prodigiosamente, lo recibió con más ternura que nunca.

Como era natural, el primer cuidado de Richelieu al ver al rey tan triste y solitario, fué el de buscarle compañera, y empezó por tentar fortuna con la señora de Flavacourt; de esta suerte no salía el rey de la familia; había poseído las cuatro hermanas, era natural que poseyese también la quinta. Fué, pues, á buscar á la hermosa marquesa, y procuró seducirla por

todos los medios imaginables. Si quería riquezas, el rey era el príncipe más rico del mundo; si era ambiciosa, vería á todos los potentados enviarle con preferencia á ella misma sus enviados y ministros, para disponer de la paz ó de la guerra. Si quería avanzar á su familia, siendo la amante del rey, sería el origen de todas las gracias y empleos. La marquesa le miraba sonriéndose.

— Todo eso es hermoso, dijo, ya lo sé, pero....

— ¿ Pero qué? repitió el duque.

— Pero á todo eso prefiero la estimación de mis contemporáneos.

Y esto fué todo lo que el duque pudo sacar de ella.

Se fijó entonces en la marquesa de Rochechouart, que era de la sangre de los Mortemarts, hermosa y de entendimiento, pero á pesar de su talento y de su belleza, se negó.

El rey estaba cada día más triste y fastidiado,

El duque se fijó entonces en las fiestas.

Eran fiestas absolutamente de pueblo, que daba la ciudad de París, pero que no dejaban de tener originalidad para un rey habituado á las fiestas de príncipes. Los jefes de los gremios de los oficios se reunían y edificaban salones de baile en cualquier sitio público; un día en la plaza de Vendome, otro en la de la Victoria, y todos contribuían con su contingente respectivo. Los carpinteros edificaban la sala, los tapiceros la amueblaban y adornaban, los fabricantes de porcelana llevaban allí las mejores vasijas; los mercaderes de flores formaban un jardín de Hispania ó de Bagdad, y con la reunión de todas las industrias se alcanzaba á un lujo tal, á que no habrían podido llegar las fortunas reales más poderosas. Los mercaderes de vino establecían en medio de aquellas flores,

fuentes de Champaña y de Burdeos; los cafetero encendían estanques de ponch; los botilleros levantaban Alpes con la base nevada, y las cimas coronadas con la rosada tintura que el sol poniente extiende por las cumbres de las montañas; estas fiestas eran maravillosas.

Pero lo que más distraía al rey era la alegría franca de los paisanos intimidados al principio; pero asegurados después por un cumplimento, por una palabra ó por una sonrisa, bailaban alemandas y bailes ingleses con una alegría y un atractivo, que nunca se había visto en Versalles, ni en Trianón, ni en Choisy.

Además, del medio de todo esto debía salir lo que esperaba su corazón desolado, un amor nuevo.

Hubo un baile de máscaras en la plaza de Greve; hacía algún tiempo que todo estaba á la oriental, y á la oriental como se entendía en el tiempo de Luis XV. Gallard había traducido sus Mil y una noches; Montesquieu sus Cartas persás; Voltaire había hecho representar su Zaira. En aquel baile había muchas houries, muchas sultanas y muchas bailarinas indias, cuando en medio de todas aquellas telas de brocado de oro y de plata, vió el rey adelantarse hacia él una sencilla Diana cazadora con el arco en la mano y el carcaj á la espalda, dejando ver un brazo blanco y contorneado, una pierna perfecta y una mano de diosa.

La hermosa Diana tenía puesta la mascarilla, y sin embargo, por los simpáticos efluvios que derramaba en torno suyo, adivinó el rey que no era una extranjera. Habló, y al hablar descubrió sus dientes de perlas, y á través de aquellos dientes, salieron de su boca mil gracias, chanzas finas, coqueterias supremas, lisonjas ingeniosas. Todavía no se había quitado la

máscara, y ya estaba el rey loco, y cuando se levantó la careta, más loco aún, porque en la hermosa Diana cazadora, reconoció á la ninfa de los bosques de Senart, la que se le había aparecido, ya conducida por un caballo, ya medio acostada en una de esas conchas de nácar que Boucher da por carro á sus Venus y á sus Anfitrites; á la hermosa señora de Etioles, en fin, por la que, una noche, la pobre duquesa de Chateauroux había aplastado el pie de la señora de Chevreusé.

Las mujeres tienen presentimientos.

No era la señora de Etioles una dama de alto rango, como las Vintimilles y las Mailly. Tampoco era una mujer oscura del pueblo como Juana Vaubernica, de la que se tratará en adelante: era Antonieta Poissón, hija, según unos, de un rico arrendador de la Ferté-sous-Jouarre, y según otros, de un carnicero de los Inválidos. Como quiera que sea, estaba casada con el señor Lenormand de Etioles, el más rico de los arrendadores generales; tenía veintidós años, era consumada música, pintaba en lienzo excelentes paisajes y en cartón adorables pasteles; gustaba de la caza, de los placeres, del lujo y de las artes; era, en fin, la mujer que había buscado Richelieu inútilmente, y que venía ella misma á ofrecerse.

Al instante se concertó una cena entre el rey y la señora de Etioles; Binet, pariente de la bella Diana y ayuda de cámara del delfín, fué el intermediario de estos nuevos amores; la cena se verificó el 22 de abril de 1743, y asistieron á ella los señores Luxemburgo y Richelieu.

Á este último le faltó entonces aquel tacto perfecto del cortesano que jamás lo había engañado. No conoció en la señora de Etioles ni lo que había, ni lo que

podía haber; estuvo frío con ella, desdeñoso por los rasgos de su imaginación é insensible á su belleza; y ella jamás se lo perdonó.

La cena fué muy alegre y la noche muy larga; el rey no se separó de la señora de Etioles hasta las once de la mañana del día siguiente; ella ocupaba ya la antigua habitación de la señora de Mailly.

¡ Qué melancólicas memorias escribirían las paredes de ciertas habitaciones, si las paredes pudiesen escribir !

Desde entonces se formaron en la corte dos partidos bien diferentes; el partido del delfín, que se llamaba el partido de los devotos, y el partido de la nueva favorita.

Todo esto ocurría mientras el señor Lenormand, que adoraba á su mujer, se hallaba en la posesión de uno de sus amigos, el señor Lavalette, á pasar las fiestas de Pascuas. Allí supo por el señor Touruchán que su mujer había dejado su casa, que habitaba en Versalles y que era la favorita declarada del rey. Se desesperó con tal extremo que quería matarse, fué preciso quitar de su alcance todas las armas; en el exceso de su dolor escribió á su mujer una carta y encargó al señor de Touruchán que la llevase.

Lo primero que hizo la señora de Etioles fué enseñar esta carta al rey, que la leyó con mucha atención y se la volvió diciéndola :

— Tenéis un marido muy honrado, señora.

La posición de la señora de Etioles quedó fijada desde el primer momento, el 9 de julio de 1743, esto es, tres meses apenas después de la primera cena á que habían asistido Luxemburgo y Richelieu, el rey le había ya escrito ochenta cartas.

Estas cartas estaban selladas con un sello en que se leían estas dos palabras *Discreto y fiel*.

El 15 de septiembre del mismo año á las seis de la tarde, la señora de Etioles fué presentada en la corte por la señora princesa de Conti que había reclamado este honor.

Comenzó la señora de Etioles, como la de Chateauroux, por exigir de su amante que tomase por sí mismo, al abrirse la campaña, el mando del ejército : pero más hábil que la duquesa no pretendió seguir al rey.

Á pesar de la muerte de Carlos Alberto acaecida el 20 de enero, cuyo suceso nos permitía reconocer á María Teresa, había vuelto á comenzar la guerra y parecía adquirir más encarnizamiento, porque los gabinetes del Norte querían abatir nuestra influencia diplomática, y disminuir nuestra nacionalidad.

La coalición estaba completa, los holandeses se habían unido á los ingleses y á los austriacos. La misma liga contra la cual había luchado Luis XIV, tenía que luchar entonces con Luis XV; habían de luchar después también contra ella la república y el imperio, y tal vez contra la misma, tendremos que luchar de nuevo antes de mucho tiempo.

Habían hecho los ingleses un gran esfuerzo; habían desembarcado en el litoral de la Holanda veinte batallones de ingleses y escoceses, á los que se habían reunido veintiséis escuadrones y cinco regimientos de hannoverianos con quince mil hombres. Los Estados Generales habían también alistado veintiséis batallones y cuarenta escuadrones; y en fin, el Austria había enviado ocho escuadrones de caballería ligera y de húsares húngaros.

Tenía además el príncipe Carlos sobre el Rhin un

ejército de ochenta mil hombres, que muy en breve iba á ser aumentado hasta ciento veinte mil.

El duque de Cumberland mandaba á los ingleses, holandeses y hannoverianos.

El gobierno francés hizo por su parte prodigios para poder levantar un ejército respetable. Pero faltaban nuestros dos grandes organizadores; el conde y el caballero de Belle-Isle, que enviados como negociadores á Berlin habían sido detenidos y conducidos á Inglaterra. Se reunieron, sin embargo, ciento y seis batallones, setenta y dos escuadrones completos y diez y siete compañías francas.

Este ejército que tomó el nombre de ejército de Flandes, se puso al mando del mariscal de Sajonia.

El mariscal de Sajonia se hallaba por desgracia atacado de hidropesía; cuando se presentó en París y vieron que apenas podía sostenerse le hicieron presente el mal estado de su salud. Pero se contentó con responder: « No se trata de vivir, sino de marchar. »

Y con efecto llegó al ejército casi moribundo.

El 7 de mayo se hallaba el rey en Pont-Achain. Á la mañana siguiente fué á visitar el campo que había escogido el mariscal para la batalla; porque por la posición de los dos ejércitos el enemigo se veía forzado á aceptar el combate como el mariscal se lo presentaba, ó tenía que dejarse tomar á Tournay.

El campo de batalla denotaba al gran hombre de guerra. Todo estaba preparado para la victoria, y todo estaba previsto para la derrota. Era una llanura en que había muchos barrancos, que se estrechaba entre Fontenoy y el bosque de Barri, y que ensanchándose después permitía á nuestra línea un despliegue de tres cuartos de legua poco más ó menos. Apoyaba el ejército su derecha en Antoin, su izquierda

en el bosque de Barri, hallándose cubierto de reductos todo su frente, cuyo centro era Fontenoy. Antoin sobre todo había sido fortificado y circundado de talas de árboles. Además, una batería de seis piezas colocada más allá del Escalda enfilaba á cualquier cuerpo, que hubiese tratado de avanzar por el llano para separar á Antoin de Peronne. En cuanto á la extrema derecha del bosque de Barri, estaba protegida por dos reductos muy próximos á Fontenoy para que sus fuegos se cruzasen con los de Chaville. Como Antoin no podía ser atacado sino por el llano de Peronne y como no se podía alcanzar al ejército francés sino atravesando el desfiladero de Fontenoy, por cualquier parte que se presentase el enemigo tenía necesidad de exponerse á una completa derrota por una victoria dudosa.

Para el caso de un revés además había establecido el mariscal de Sajonia delante del puente de Calonne, único por donde pudiese pasarse el Escalda, una cabeza de puente de doble corona adonde había dejado seis mil hombres de tropas de refresco. En el momento que el riesgo se hiciese inminente, el rey y el delfín debían retirarse por el puente, á favor de cuyos atrincheramientos podía rehacerse el ejército, por muy de cerca que fuese perseguido.

Los aliados por su parte se hallaban divididos en dos cuerpos para hacer frente á un tiempo á los dos puntos de ataque determinados de antemano. El Joven de Waldeck con los holandeses amenazaba á Antoin; los anglo-hannoverianos, mandados por el duque de Cumberland, se disponían á forzar el desfiladero de Fontenoy y formaban un dilatado semicírculo al rededor de nuestro ejército, apoyando su izquierda en Peronne y su derecha en Barri. Los dos

ejércitos emplearon todo el día 10 y la madrugada del 11 en hacer sus disposiciones.

El rey pasó el día 10 en el alojamiento del mariscal de Sajonia, el que por orden expresa de su majestad había guardado cama. Padeecía el mariscal una hidropesía que había subido hasta el tercer grado, y no había permitido que se le hiciese la punción, por miedo de que la operación saliese mal, y no poder asistir á la batalla. Y como tenía gran confianza en el buen suceso de la jornada del día siguiente estuvo muy contento. El rey por su parte se hallaba lleno de confianza y serenidad. La conversación giró sobre las batallas en que los reyes de Francia se habían encontrado en persona. Recordó entonces el rey á los presentes, que desde la batalla de Poitiers ningún rey de Francia había combatido teniendo junto á sí á su hijo, y que desde la de Tailleburgo, ganada por san Luis, ninguno de sus descendientes había conseguido victoria ninguna de importancia sobre los ingleses; había, por consiguiente, dos revanchas que tomar por una.

Dejó Luis XV al mariscal de Sajonia á las once de la noche y se retiró con el delfin. Pasaron la noche los dos príncipes en la misma habitación. Á las cuatro se levantó el rey, y fué él mismo á despertar al conde de Argensón, ministro de la Guerra, al que envió inmediatamente al mariscal para recibir sus últimas órdenes. Encontró al mariscal en un carruaje de mimbres, donde podía extenderse como en su lecho, á fin de no fatigarse inútilmente antes de tiempo; no contaba con montar á caballo hasta el momento mismo de la acción. El mariscal envió á decir al rey, que él lo había dispuesto ya todo y que podía venir. El rey, que había dormido en Calonne, montó á caballo con el

delfin, pasó el puente que hay más allá de la Justicia de Nuestra Señora del Bosque, cerca de tres cuartos de legua del puente Calonne, y unos cincuenta pasos detrás de nuestra tercera línea de batalla.

Á las cinco le dieron parte al mariscal que el enemigo se ponía en movimiento y entonces se hizo llevar á la primera línea, que se hallaba dispuesta del modo siguiente: nueve batallones cubrían á Antoin; á la izquierda hasta el barranco de Fontenoy, quince batallones formaban la izquierda y se extendían por detrás del bosque de Barri, hasta Gauvin; toda la caballería ocupaba á la espalda un frente igual al de la infantería, formados en dos líneas detrás del centro y de la izquierda, y en una línea detrás de la derecha; un batallón de partidarios llamados los *grassins* estaba en guerrilla en el bosque de Barri.

Se aproximó el mariscal de Sajonia hasta el alcance del cañón del enemigo para estudiar su posición. Vino entonces á buscarlo el mariscal de Noailles para darle parte de una obra que había mandado ejecutar durante la noche, con objeto de reunir el primer reducto de la derecha con el pueblo de Fontenoy. El duque de Gramont, sobrino del mariscal de Noailles, estaba detrás de él á caballo. El mariscal de Sajonia escuchó el parte, lo aprobó todo, y viendo que la acción iba á empeñarse dijo al señor de Noailles que se marchara á su puesto. Éste, volviéndose entonces hacia su sobrino le dijo:

— Señor de Gramont, vuestro puesto es al lado del rey; id á decirle que me consideraré hoy dichoso en vencer ó morir por su servicio.

El tío y el sobrino se abrazaron, y de repente se oyó el ruido del cañón; y el duque de Gramont, que se hallaba entre el mariscal de Noailles y el mariscal

de Sajonia, cayó hecho pedazos por la primera bala que se había disparado.

El señor de Noailles hizo un movimiento para socorrerlo, pero todo era inútil; estaba muerto. El mariscal sacudió tristemente la cabeza y partió al galope. En el mismo momento se inflamaba toda la línea francesa respondiendo por una descarga general al fuego del enemigo.

Poco tiempo duró el fuego de cañón porque se abordaron cuerpo á cuerpo. Los holandeses dirigieron dos ataques á Antoin y las dos veces fueron rechazados. En el segundo ataque pereció un escuadrón casi entero por las descargas cruzadas de la batería que estaba colocada detrás del Escalda y otra batería colocada delante de Antoin; sólo quedaron en pie doce hombres.

En cuanto á los ingleses, rechazados por tres veces de Fontenoy, tres veces habían vuelto á la carga, y volvían á formarse para tentar otro ataque.

Observó el duque de Cumberland que los franceses debían su ventaja á los fuegos cruzados de su artillería. Mandó en consecuencia á su mayor general Ingolsby, que se apoderase del bosque de Barri, y tomase á viva fuerza los dos reductos. El mayor tuvo que venir á batirse con el batallón de los grassins, que le dió tanto que hacer que creía habérselas con toda una brigada. Tuvo que tocar retirada y fué á pedirle refuerzo al duque, que lo mandó arrestar.

El fuego que había en el bosque determinó al mariscal de Sajonia á enviar allí dos batallones. Cumberland resuelto á forzar el barranco, formó una columna de infantería de veinte mil anglo-hannoverianos; colocó seis piezas á la cabeza y en el centro de su columna, y marchó adelante.

Los guardias franceses y suizos, protegidos por un barranco, creyeron que era sólo una batería sostenida por un batallón y resolvieron apoderarse de ella, pero cuando llegaron á la cresta, se encontraron con todo un ejército. Sesenta granaderos y seis oficiales se tiraron á tierra y pudieron reunirse á sus filas. La columna enemiga se presentó al instante en lo alto del barranco. Se aproximaba lentamente con el arma al brazo sin que los guardias franceses y los guardias suizos, que no eran uno por cada diez de ellos, diesen un paso para retroceder.

Cuando estuvieron á cincuenta pasos unos de otros, los oficiales ingleses, á cuyo frente se hallaban los señores de Campbell, de Albermale, y de Churchill, hicieron un saludo con sus sombreros. El conde de Chabannes, y el duque de Birón, que habían salido de sus filas para recibirlos, y todos los demás oficiales devolvieron el saludo.

Entonces milord Carlos Hay, capitán de los guardias ingleses, dió cuatro pasos hacia adelante y gritó:

— ¡Caballeros guardias franceses, tirad!

Al oír esto, el señor de Hauteroche, teniente de los granaderos, dió también cuatro pasos adelante y respondió en alta voz:

— Señores, nosotros nunca somos los primeros para tirar, tirad vosotros, si queréis.

Y se puso el sombrero, que hasta entonces había tenido en la mano.

Las seis piezas de columna comenzaron á jugar entonces y la fusilería hacia descargas por pelotones. Á esta primera descarga cayeron entre muertos y heridos diez y nueve oficiales de los guardias y trescientos ochenta soldados; el coronel de los suizos Courten, su temente coronel, catorce oficiales y dos-

cientos sesenta y cinco soldados suizos. Los señores Clisson, Laugéy y Peyre, fueron del número de los muertos.

La columna inglesa avanzó entonces á la carrera.

El regimiento Real protegió la retirada de los guardias que pudieron volver á formarse á su espalda, y todos se reunieron bajo un reducto defendido por el regimiento del Rey.

La columna continuaba marchando siempre al mismo paso y disparando sobre la marcha, ejecutando esto con tal orden, que se veía á los mayores apoyar sus bastones sobre los fusiles de los soldados para que éstos hiciesen buena puntería.

Los reductos de los bosques de Barri y de Fontenoy hacían un fuego muy vivo sobre la columna que marchaba, pero ésta continuaba arrollando cuanto se oponía á su paso. Se había introducido el desorden en el ejército francés. El mariscal olvidando sus dolores, se hizo traer un caballo y lo montó. Como no tenía fuerzas para llevar coraza, tomó un escudo pequeño que arrojó al instante porque aquel peso por ligero que fuese era demasiado pesado para él en su situación.

El enemigo había pasado más allá de las baterías de Fontenoy, que faltándoles balas tiraban con pólvora, sólo para no dejar conocer que les faltaban proyectiles.

El mariscal envió al marqués de Meuse para decir al rey que pasase el puente. El señor Meuse encontró al rey inmóvil en medio de los fugitivos.

Luis XV le respondió al marqués :

— Estoy seguro de que el mariscal hará cuanto haya que hacer; pero yo permaneceré donde estoy. La columna continuaba siempre avanzando.

Los fugitivos separaron por un momento al rey del delfín.

El conde de Ache vino á suplicar al rey que se alejase. Cuando vino el conde, una bala le rompió un pie y el dolor le hizo desvanecerse en presencia del rey.

— ¿Cómo es posible que estas tropas no sean las victoriosas? decía Mauricio de Sajonia, al ver al señor de Guerchi con su regimiento atacar á la columna á la bayoneta.

La columna no se hallaba ya más que á seiscientos pasos del rey, el que declaró al conde de Harcourt que estaba decidido á morir en el sitio en que se hallaba.

En aquel momento acudió el duque de Richelieu, ayudante de campo de Luis XV.

— ¿Qué hay? exclamó al verlo llegar el duque de Noailles; ¿qué novedad nos traéis?

— La novedad que traigo, dijo el duque, es que la batalla está ganada, si se quiere. El enemigo está tan asombrado con su victoria, que él mismo no sabe si debe continuar adelante, porque no está sostenido por su caballería. Que se haga avanzar una batería contra él; que los reductos de Barri y de Fontenoy que ya no tienen balas redoblen su fuego, y todos caeremos sobre ellos como forrajeadores.

— Bien, dijo el rey, señor de Richelieu, poneos á la cabeza de mi escolta y dad el ejemplo.

Richelieu partió al galope; Pequigny encontró cuatro piezas que traían; el duque de Chaulnes reunió sus caballos ligeros, Soubise sus gendarmes, Grille sus gennaderos á caballo, Jumilhac sus mosqueteros y Birón se mantuvo en Antoin con el regimiento de Piamonte.

Ya no estaba la columna más que á cien pasos de la batería que se acababa de establecer por consejo de Richelieu. Se descubre de repente y comienza el fuego; también lo hacen al mismo tiempo Fontenoy y Barri; la infantería francesa ataca por el flanco á la columna, que la escolta del rey, la gendarmería y los carabineros atacan de frente.

Un instante estuvo todavía dudoso el suceso. La gigantesca columna hacia frente á todas partes.

Pero al fin el regimiento de Normandía empezó á destrozarla, después los irlandeses, después Royal. Poco tardó en verse aquella serpiente enroscándose á tubear; separada ya en tres trozos dió su primer paso atrás.

Todo el mundo se reanimó entonces. Todo el ejército quería vengarse de ocho horas de derrota. La columna perseguida y fatigada tuvo al fin que cambiar su retirada en fuga desordenada.

Todos fueron destruidos ó prisioneros. Ni uno solo de aquellos quince ó diez y ocho mil hombres se hubiese salvado si su caballería no hubiese llegado para sostenerlos.

Luis XV había lanzado su caballo é iba de regimiento en regimiento. Por todas partes se escuchaban los gritos de la victoria, allí mismo, donde un cuarto de hora antes no se oían más que aullidos de rabia y estertores de agonía; los soldados arrojaban al aire sus sombreros; las banderas tremolaban acribilladas de balas y hasta los heridos se levantaban para gozar del triunfo. Era un delirio general.

El mariscal de Sajonia se dejó caer de su caballo y abrazado á las rodillas del rey:

— Señor, le dijo, ya puedo morir porque yo no deseaba vivir más que para ver á V. M. victorioso.

Ahora ya sabéis en lo que consisten las batallas. El rey levantó al mariscal y lo abrazó en presencia de todo el ejército.

La batalla de Fontenoy fué el principio de una serie de victorias que nos proporcionaron la paz de Aix-la-Chapelle.

El 23 de mayo tomó el rey á Tournay y diez días después la ciudadela.

El 18 de Julio el conde de Lowendall tomó por asalto á Gante.

El 22 se entregó Bruges al marqués de Souvré.

El 1º de agosto se apoderó el rey de Oudenarde; Deudeomonde se rindió al duque de Harcourt; Ostende y Nieuport al conde de Lowendall, y Alts al marqués de Clermont Galleraude.

Con la toma de esta última plaza se terminó la campaña de 1745. La de 1746 principió el 20 de febrero con la toma de Bruselas, en la que hizo el rey su entrada el 4 de mayo.

Puesto el rey á la cabeza de sus tropas marcha á Louvain, Liere, Arschot, Herentals y el fuerte de Santa Margarita, que abandonaron los enemigos sin disparar un tiro.

El 20 se tomó la ciudad de Amberes, y el 30 la ciudadela.

El 20 de julio se rindió Mons, el 2 de agosto Charleroy, y el 19 de septiembre Namur.

Y para que se terminase con brillantez la campaña de 1746, el mariscal de Sajonia ganó el 11 de octubre la batalla de Raucoux, matando á los enemigos doce mil hombres y haciéndoles tres mil prisioneros, sin perder por su parte más que mil y cien hombres.

Se abrió la campaña de 1747 con la entrada de las tropas en Zelanda, y con la toma de los fuertes de la

Exclusa y de Dislendich por el conde de Lowendall.

El 24 de abril se apoderó el señor de Contades de los fuertes de la Perla y de Liefhenskoech.

El 1º de mayo tomó el señor de Montmorin el fuerte Philipino, y el 13 de septiembre se apoderó el conde de Lowendall del de Berg-op-Zoom, que se tenía por inexpugnable.

Terminó el año de 1747; y el 13 de abril de 1748 se embistió á Maestricht, que se rindió el 4 de mayo.

Muchas veces había dicho el rey al mariscal de Sajonia :

— Mariscal, ¿ cómo no tratan los aliados de que se haga la paz, á pesar de tantas derrotas como sufren?

Y el mariscal siempre le había respondido con su acostumbrado laconismo :

— Señor, en Maestricht.

Y con efecto así que se rindió Maestricht á los franceses cesaron las hostilidades en Italia entre el duque de Richelieu y el conde de Brown.

La reina de Hungría, el rey de España y la república de Génova se adhirieron á los preliminares que se habían convenido después de la rendición de Maestricht entre el rey de Francia, la Inglaterra y la Holanda y que concluyeron la paz de Aix-la-Chapelle, firmada el 18 de octubre de 1748.

He aquí las variaciones que el tratado de Aix-la-Chapelle producía en el equilibrio de la Europa.

Se daba á don Carlos la confirmación del reino de las Dos Sicilias. Al duque de Módena, que se había casado con la señorita de Valois, hija del regente, se le volvía á poner en posesión de sus estados, y se daban al infante don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.

El rey de Prusia, que era el que había comenzado

la guerra, fué el que sacó más ventajas. Conservaba la Silesia que había conquistado, y se encontró de repente, por este aumento de territorio y también por las severas economías de Federico I, su padre, al frente de una nación poderosa.

Y en fin, el duque de Saboya, en recompensa de su alianza con la emperatriz, obtuvo una parte del Milanesado.

Como se advierte, el marqués de San Severín, enviado de Francia al congreso de Aix-la-Chapelle, había cumplido religiosamente los encargos de su amo.

Luis XV no había querido hacer los tratados como mercader, sino como rey.

Durante este tiempo habían ocurrido : La expedición del príncipe Carlos Eduardo á Escocia :

La muerte de Felipe V, rey de España, en el Buen Retiro :

La muerte del conde de Bonneval, en Constantinopla :

La muerte del caballero de Belle-Isle al atacar las murallas de Exiles :

Y la del señor de Vintimille, arzobispo de París, del que ya se ha hecho mención, y del que se tratará aún por la última vez.

La expedición del príncipe Carlos Eduardo, por lo respectivo á nuestra situación con la Inglaterra, estaba protegida por la Francia, era una diversión poderosa que procuraba el gobierno de Luis XV á la Inglaterra.

Salió el pretendiente de Nantes en el buque *La Doutelle* y llegó á fin de agosto á la isla de Barra, una de las Hebridas : desde allí, sin más apoyo que su nombre, sin más estandarte que un trabajo de tafetán traído de Francia, sin más ejército que siete oficiales,

y sin más material que novecientos fusiles, pasó á Escocia y desembarcó el 25 de julio de 1743 en el Moidart.

Los hombres que lo acompañaban merecen que la historia consigne sus nombres. El recuerdo que la posteridad concede á los grandes sacrificios, es ordinariamente su única recompensa. ¡ Cuán desgraciados serían los que casi seguros de la ingratitud de los reyes, temiesen también ser olvidados por los historiadores !

Aquellos siete hombres eran : el marqués de Tullibardine, proscrito por la parte que había tomado en la insurrección de 1715 ; sir Thomás Sheridan, que había sido ayo del príncipe ; sir John Macdonald, oficial al servicio de España ; sir Francis Strickland, caballero inglés ; Kelly, el mismo que estuvo implicado en el complot llamado del obispo de Rochester ; Æneas Macdonal, banquero de París, y Buchanán, que había sido el encargado por el cardenal de Tencin, para ir á llevarle á Roma al príncipe Carlos la invitación de que pudiera volverse á Francia.

Casi al momento de su desembarque se unió también al príncipe otro Macdonal, que tiene para los franceses la ventaja de ser el padre de nuestro célebre mariscal Macdonal.

Uno de los siete caballeros que se reunieron primero al príncipe Carlos, ha dejado una descripción tan sencilla y agradable del desembarco, que parece conveniente traducirla.

« Al ver entrar en el puerto á *La Doutelle*, dice, se había excitado tanto nuestra curiosidad que corrimos apresurados á la playa para adquirir noticias. La lancha del buque vino á buscarnos, luego que observaron nuestras señales. Nos llevaron al instante á

bordo, y nuestros corazones se regocijaron al saber que nos hallábamos tan cerca de aquel príncipe, cuya presencia era tan ansiada en Escocia.

» Llegados á bordo vimos sobre cubierta un gran toldo sostenido en perchas, debajo del cual se hallaba una mesa con vino y licores. Fuimos allí recibidos con alegría por el marqués de Tullibardines, conocido de algunos de nosotros en la primera expedición de 1715.

» Mientras que nos hablaba el marqués desapareció Clauranald, por haber sido llamado, según conjeturamos, al camarote del príncipe, adonde permaneció por espacio de tres horas poco más ó menos. Ya no esperábamos ver á S. A. aquella tarde, cuando media hora después de la vuelta de Clauranald, se presentó un joven de agradable aspecto con un vestido negro cerrado y camisa sin puños ni guirindola, cuya camisa no estaba por cierto muy limpia ; llevaba un corbatín sujeto con una hebilla de plata, peluca rubia, sombrero sin galón y con una cinta de hilo de la que una de sus puntas estaba atada á un botón de su vestido, medias negras y hebillas de cobre en los zapatos. Luego que lo vi, dilató mi corazón un presentimiento ; y algo se notaría porque un eclesiástico llamado Obrián, se aproximó á nosotros, y nos dijo al instante que aquel joven era un eclesiástico inglés, que deseaba hacía mucho tiempo ver á los montañeses y conversar con ellos.

» Cuando el joven entró donde estábamos, Obrián, para dar más crédito á lo que nos había dicho, nos previno que no nos levantásemos. El joven eclesiástico no saludó á nadie, y nosotros tampoco lo saludamos más que de lejos. Quiso la casualidad que cuando él entró me hallaba yo de pie, y tal vez por estc, fuese

casualidad ó simpatía, se vino derecho á mí, se sentó cerca de donde yo estaba, y volviéndose á levantar en el acto, me hizo sentar junto á sí en un cajón. Como yo le creía un simple eclesiástico, aunque mi corazón parecía advertirme que era sujeto de más importancia de lo que decían, le hablé con más familiaridad de la que hubiese debido hacerlo. Lo primero que me preguntó fué si no tenía ya frío con mi vestido montañés, y le respondí que estaba habituado á él de tal suerte, que seguramente tendría más frío, si cambiase mi traje por otro aunque fuese de más resguardo. Se rió mucho de mi respuesta y se informó cómo podía acostarme con aquel ropaje á su entender embarazoso. Yo se lo expliqué, pero él me hizo la observación de que envuelto tan completamente en mi plaid, no podía estar listo para defenderme en caso de sorpresa. Entonces le respondí que cuando había peligro personal ó en caso de guerra, teníamos otro modo de arreglar nuestro plaid, de manera que de solo un salto se hallaba un montañés en pie, con la espada desnuda en una mano y una pistola preparada en la otra, sin que para nada del mundo le estorbasen sus cubiertas. Me hizo después otras muchas preguntas y levantándose con vivacidad pidió un vaso de vino. Obrián me advirtió al oído que bebiese si el extranjero me lo decía, pero que no brindase á su salud, lo que me confirmó en mis sospechas. Tomó entonces el vaso de vino, bebió á nuestra salud, y se retiró un momento después. »

Todo el mundo sabe las diferentes vicisitudes de aquella desatinada expedición del príncipe Carlos Eduardo, que estuvo á pique de tener buen éxito por lo mismo que era tan desatinada. Rodeado de aquellos pocos hombres, segundado por lord Lovat, y

reforzado con un centenar de claimores del clan del Grants de Gleumoriston, después de haber hecho quemar y destruir todo lo que estorbaba su marcha, franqueó la escalera del Diablo, tomó el fuerte de William, sorprendió á Perth, entró en Edimburgo, y marchó á Preston Paus, donde sir John Cowe reunió un ejército; hizo huir aquel ejército, penetró en Inglaterra con seis mil infantes y doscientos sesenta caballos; se apoderó de Carlisle, se internó en el corazón del reino, atravesó por Manchester y llegó á Derby. Allí se encontraba ya sólo á treinta leguas de Londres. Le habían ofrecido grandes movimientos á su favor, pero estos movimientos no se verificaban. Debía contar con hombres y dinero, y ambas cosas le faltaban. Los pareceres de sus allegados estaban divididos. Los soldados principiaban á murmurar. Solo él tiene una voluntad firme á falta de esperanzas. Quiere marchar á Londres, lucha contra la voluntad unánime de todo su ejército. Pero conociendo al fin la imposibilidad de avanzar, se vuelve súbitamente hacia Escocia, llega sin haber sufrido el menor revés, atraviesa por Dunplinjes y Glasgow, reúne algunos refuerzos de franceses y escoceses, y va á poner sitio á Stirling, cuya defensa da tiempo al general de Lawlay para reunir un cuerpo de ejército. Carlos abandona el sitio, marcha hacia el enemigo, lo encuentra en Falkirk, y la fortuna le es aun por última vez propicia; pero sabiendo que se aproximaba el duque de Cumberland con su ejército, se retira á Inverness, donde estrechado cada vez más por las tropas del rey, se ve obligado á aceptar la famosa batalla de Culloden:

Ya se sabe cuál fué el resultado de esta acción. De los cinco mil hombres que componían el ejército del pretendiente, fueron muertos mil y quinientos.

Abandonó Carlos el campo de batalla, acompañado por un gran número de caballeros; pero como había comprendido que para él estaba todo acabado, fué despidiendo poco á poco todo aquel séquito. Habían puesto precio á su cabeza en treinta mil libras esterlinas, y tal vez no creía él poder contar con tanta fidelidad como la que le guardaron.

El recuerdo de Carlos I, vendido por los escoceses á Cromwel, se presentaba á su imaginación.

Comenzó entonces aquella maravillosa escapada, en la que John Hume en su historia de la rebelión, y James Boswell en su historia y su viaje de las islas del occidente de la Escocia, han seguido al príncipe paso á paso; aquella huida sólo puede ponerse en parangón con la del rey Estanislao.

Desde el campo de batalla y casi sin detenerse, llegó el príncipe á Gortuleg, que pertenecía á lord Lovat; y ya sea porque se creyese aun demasiado cerca del ejército inglés, ó ya porque dudase de la fidelidad de su huésped, se apresuró á marchar al castillo de Inverrary, adonde llegó muerto de hambre, y donde le prepararon para cenar dos salmones que acababa de coger un pescador.

El castillo sufrió un severo castigo por la hospitalidad que por sólo un día había dado al príncipe fugitivo; fué saqueado por los soldados ingleses; hicieron volar con pólvora dos viejos castaños que daban sombra á su entrada; el uno salió absolutamente de raíz, el otro sobrevivió á la explosión, y la mitad de él continuó echando hojas y fruto, y vegetó en tanto que vivió, ó por mejor decir, que vegetó también la desdichada rama de los Estuardos. La plata de aquella posesión fué en parte dejada en manos de los soldados, y con la otra parte se fundió

una copa que poseyó mucho tiempo sir Adolfo Onghon, comandante en jefe de Escocia; cuya copa tenía esta inscripción: *Ex præda prædatoris*.

Pasó Carlos desde Inverrary al Long Island, donde esperaba hallar un buque francés; pero todo, hasta los elementos, parecían tomar partido contra este príncipe. Hay momentos en la vida, en que las cosas inertes é inmóviles, parecen recibir la inteligencia y el movimiento para aumentar un gran infortunio. La tempestad echó al fugitivo de isla en isla, hasta que al fin llegó á South-Vist, donde fué acogido por Clauranald, uno de los siete hombres del Moidart, y el primero que se le había unido. Allí lo alojaron en el centro de la montaña, en casa de un leñador llamado Corradale.

Pero hasta allí mismo, casi en la frontera del mundo habitable, conoció que no estaba seguro. El general Campbell desembarcó en South-Vist; reunió á los Macdonall de Skye y los Mac-Leods de Mac-Leold, enemigo del príncipe, y á la cabeza de dos mil hombres comenzó las más minuciosas pesquisas.

Una mujer emprendió entonces, y llevó á cabo un proyecto, de cuyo acierto dudaban los hombres más bravos y emprendedores.

Esta mujer era la célebre Flora Mac-Donald, parienta de la familia Clauranald, la que en esta época se hallaba en South-Vist, adonde había ido á ver á su familia; su suegro, conforme lo indica su nombre, era miembro del clan de sir Alejandro Mac-Donald, y por consiguiente, enemigo del príncipe. Además, mandaba la milicia del nombre de Mac-Donald, que se hallaba entonces en South-Vist.

Á pesar de las hostiles disposiciones de su suegro, no titubeó Flora, y por medio de él mismo se procuró

un pasaporte para ella, un criado y una criada joven, que decía ella haber aumentado á su familia. Á esta criada joven del pasaporte, la designaba con el nombre de Betty Burke.

Y esta Betty Burke debía ser el príncipe Carlos Eduardo.

Bajo esta nombre y con este disfraz, llegó Carlos á Kilbride en la isla de Skye, pero allí se encontraba todavía en el país sometido á sir Alejandro Mac-Donald. Redoblaba Flora su valor y su astucia, pero creyéndose sin embargo, demasiado débil para llevar ella sola su proyecto adelante, se determinó á adherirse un auxiliar, y este auxiliar no fué otro que la mujer del mismo sir Alejandro, lady Margarita Mac-Donald.

El primer movimiento de lady Margarita, al saber la empresa en que su nuera estaba comprometida, fué un sentimiento profundo de terror; pero la generosidad de corazón tan natural en las mujeres, prevaleció sobre el temor de su espíritu; su marido estaba ausente, pero la casa estaba llena de soldados ingleses; confió en consecuencia el príncipe á Mac-Donald de Kingsburgo, intendente de sir Alejandro, y como era necesario conducir al príncipe á la casa de este intendente, también fué Flora la que se encargó de salvar esta última dificultad, y marchó á Kingsburgo, donde dejó al príncipe.

Otra nueva serie de aventuras comenzó entonces para el desventurado Carlos Eduardo. De Kingsburgo pasó á Rasa como criado de su guía; de Rasa avanzó al país del laird de Mac-Kinnon; pero á pesar de los esfuerzos de este jefe, se vió obligado á volver á entrar en Escocia, habiéndolo dejado á la orilla del lago de Nevis.

Los riesgos del príncipe se acrecentaron allí, por hallarse gran número de soldados recorriendo aquel distrito. El príncipe y sus guías se hallaron envueltos en una red de centinelas, que cruzándose los unos con los otros, en sus facciones le quitaban los medios de poder adelantarse al interior del país. Después de haber pasado así dos días, sin haberse atrevido á encender fuego ni una vez siquiera para poder condimentar su alimento, se decidió á tentar el paso por en medio de dos puestos enemigos.

Por espacio de una hora, el príncipe y sus compañeros tuvieron que irse arrastrando como las culebras, por un desfiladero estrecho y oscuro; después de esta hora de zozobras, habían conseguido pasar la primera línea.

Viviendo de lo que la casualidad les hacía encontrar, pasando algunas veces veinticuatro horas sin comer, sin fuego, sin abrigo, cubiertos apenas de vestidos que se les caían á pedazos, el desgraciado príncipe llegó al fin á las montañas de Strarth-Glass, con sólo el último compañero que le quedaba. No sabiendo entonces qué hacer, é ignorando adónde dirigirse, se metió en una caverna que solía servir de refugio á una banda de malhechores.

Siete eran los bandidos, casi todos antiguos partidarios del príncipe; se les dió á conocer, y cayeron á sus pies de rodillas.

Los sufrimientos de Carlos Eduardo, tuvieron allí una tregua momentánea. Ningun rey ni jefe de clan, ni propietario de castillo, ha estado jamás servido con un celo y respeto semejantes á los que el fugitivo halló en sus nuevos compañeros.

Sólo que lo servían á su manera y no comprendían

las reprensiones del príncipe, cuando su celo por él les hacía excederse.

Dos cosas le faltaban al príncipe, por las que manifestaba sentir más necesidad. Vestidos y noticias.

Para proporcionarle vestidos, se emboscaron algunos bandidos en el camino por donde tenía que pasar el criado de un oficial que había de ir al fuerte Augusto con el equipaje de su amo, y lo sorprendieron y mataron. Y manifestándose el príncipe pesaroso de deber sus vestidos á semejante acción ;

— Príncipe mio, le respondieron, demasiado honor ha sido para un miserable como ese, el morir por una causa tan digna.

Otro de ellos se disfrazó, y se introdujo en el fuerte Augusto, donde adquirió noticias precisas acerca de los movimientos de las tropas, y para regalar al príncipe, le trajo á su vuelta un bollo del valor de un sueldo.

Tres semanas permaneció con ellos Carlos Eduardo, y el deseo de aquellos bravos habría sido el de que permaneciese siempre ; su afecto hubiera sido siempre lo que había sido durante aquellas tres semanas.

Pero ocurrió un ejemplo raro de afeción y sacrificio, que facilitó la huida del príncipe de un modo menos peligroso.

El hijo de un platero de Edimburgo, llamado Rodrigo Mackenzie, que había sido oficial en el ejército de Carlos Eduardo, y que sabía todos los peligros que corría el príncipe fugitivo, se hallaba oculto en los *braes* de Gleumoriston ; era un joven de la edad del príncipe, de su misma estatura, y por una rara casualidad tenía con él una extraordinaria semejanza. Una partida de soldados descubrió un día á Rodrigo Mackenzie y lo atacó. El joven concibió entonces una

idea sublime de sacrificio, la de que su muerte fuese de utilidad para el partido al cual había consagrado su vida ; y después de haberse defendido hasta la última extremidad, presentó el pecho á los soldados, exclamando :

— ¡ Miserables ! ¡ vais á matar á vuestro príncipe !

Al escuchar estas palabras se hizo ya imposible el perdón, y los soldados creyeron que era Carlos Eduardo, y la cabeza de Carlos Eduardo valía treinta mil libras esterlinas. Mataron al falso príncipe, y su cabeza, separada de los hombros fué enviada á Londres.

Se pasó un mes antes de que se descubriese este engaño ; durante un mes se creyó al príncipe muerto, y por consiguiente dejaron de buscarlo. Se aprovechó Carlos Eduardo de este respiro para despedirse de sus fieles bandidos é incorporarse en el Badenoch con dos de sus adictos partidarios, Cluny y Lochiel.

Al fin, hacia el 18 de septiembre supo Carlos la noticia de que dos fragatas francesas habían llegado á Lochiaunagh, con el objeto de recogerlo á él y á los fugitivos de su partido.

El 20, Carlos Eduardo y Lochiel se embarcaron en las fragatas, precedidos por un centenar de partidarios que habían venido á buscar un refugio á su bordo.

Y el 29 de septiembre desembarcó el príncipe cerca de Morlaix en Bretaña ; á los trece meses después de su salida de Francia, de cuyos trece meses había pasado cinco entre la vida y la muerte.

Uno de los dos bandidos que habían seguido al príncipe desde la caverna á donde se había refugiado hasta Badenoch, en donde se había reunido con Cluny

y Lochiel, fué después ahorcado en Inverness, por haber robado una vaca.

Este hombre que robaba una vaca que valia quince francos se había desdeñado de adquirir por precio de una traición las treinta mil libras esterlinas que valia la cabeza del que acompañaba.

Vuelto á Francia Carlos Eduardo, se le hizo salir por el tratado de Aix-la-Chapelle; fué arrestado en el momento de ir á la ópera y conducido á Vincennes á la misma habitación tal vez, á la que cincuenta años después habia de ser llevado el duque de Enghien; se retiró primero á Bouillon y después á Roma, donde se unió á la condesa de Albany, más célebre aun por sus amores con el poeta Alfieri que por su amistad con el penúltimo descendiente de los Estuardos.

Carlos Eduardo habia sufrido mucho, y tenia por consiguiente necesidad de olvidar mucho. Por esto, ó para hacer un ejemplo sobre las últimas razas reales permitió Dios que pasase los últimos años de su vida en una constante embriaguez.

Murió en Florencia el 31 de enero de 1788.

El mes de enero es fatal para los Borbones y para los Estuardos.

El último de los Estuardos, el cardenal de Yorck, murió en la capital del mundo cristiano en 1808.

Un mismo monumento ha cubierto las cenizas de los dos hermanos, reunidas en el vasto museo de polvo ilustre que se llama Roma.

La muerte de Felipe V no produjo ningún cambio en Europa; le sucedió su hijo el principe de Asturias con el nombre de Fernando VI.

En quanto á la muerte del conde de Bonneval, podria decirse que este suceso no habia sido más que el complemento de la existencia más aventurera tal vez,

que pueda haber sacado la historia de los caprichos de la novela.

Nacido el 14 de julio de 1675, educado en el colegio de los jesuitas y á la edad de doce años admitido en el de la marina, Claudio Alejandro, conde de Bonneval, estuvo á pique de ser reformado por el marqués de Seignelai, ministro de Marina, que pasando revista á las guardias marinas y no viendo en él más que un niño, manifestó que debería salir del colegio.

— Señor ministro, dijo con altivez el joven, á los hombres de mi nombre no se les hace salir de los colegios.

Comprendió el ministro con quién se las habia, y respondió:

— Si tal, señor, se les hace salir de los colegios cuando son simples guardias marinas, para que vayan á servir con alférez de navio.

Los combates de Dieppe, de la Hogue y de Cádiz probaron que ni el conde de Bonneval, ni el señor Seignelai se habian equivocado.

Un lance de honor hizo que el conde de Bonneval dejase la marina, y compró un empleo en 1698 en el regimiento de las guardias. En 1701, obtuvo el regimiento de la Tour-Infanteria; pero en 1704 se incomodó con el señor de Chamillard, pidió un permiso al duque de Vendome, y empleó el invierno de 1705 á 1706 en viajar por Italia, donde trabó amistad con el marqués de Langallerie, que del servicio de Francia se habia pasado al del imperio. Mucho tiempo tardó en seguir su ejemplo; pero habiéndole llamado la atención al principe Eugenio su comportamiento en las filas francesas en la batalla de Luzzara, le hizo hacer una propuesta á la que accedió, y tomó el grado de general mayor en las tropas austriacas. Su

admirable valor quedó desde entonces al servicio extranjero. Se distinguió en Turín en el ataque de las líneas, donde tuvo la suerte singular de salvar la vida á su hermano el marqués de Bonneval, al que reconoció repentinamente en medio de las bayonetas húngaras, á pesar de que ni siquiera sabía que estuviese peleando contra él. Desde este momento se encuentra en todas partes al conde de Bonneval. Fué el primero en la toma de Alejandría; uno de los primeros en el asalto del castillo de Tortona. En los Estados pontificios le rompieron un brazo; en Saboya, en el Delfinado y en Flandes. En 1714 asistió á la entrevista del príncipe Eugenio con el mariscal de Villars, y concurrió contra la Turquía á ganar la batalla de Peterwaradin, en la que recibió una lanzada en el vientre, que le obligó á tener que llevar un vendaje de hierro, durante todo el resto de su vida. En 1720 se incomodó con el príncipe Eugenio, como se había incomodado con Chamillard, y se pasó á Turquía, donde tomó el turbante, se encargó de la dirección de la artillería turca, llegó á ser bajá, se distinguió en 1739 en la guerra contra los imperiales, y murió al fin en Constantinopla el 22 de marzo de 1747 á la edad de 72 años. Está enterrado en el cementerio de Pera, en donde se puede aun hoy reconocer su sepulcro por esta inscripción turca:

« Dios es eterno: que Dios glorioso y grande para con los verdaderos creyentes, le dé la paz al difunto Acmeth, Bajá, jefe de los artilleros, el año de la Egira 1160. »

El año de la Egira 1160 corresponde al año de la era cristiana en 1747.

Sólo quedan que decir dos palabras acerca de la muerte del caballero de Belle-Isle y de la del señor de Vintimille, arzobispo de París.

El caballero de Belle-Isle se había ocupado constantemente en la ilustración de su hermano el mariscal de Belle-Isle con todos los conocimientos é instrucciones que poseía, siéndole además superior por lo dilatado de sus miras y la solidez de los proyectos. Él era el que trabajaba las memorias del conde, el que preparaba los planes, y el que cuidaba además de la economía de los asuntos domésticos.

Murió como valiente en el ataque de los atrincheros de Exiles, y cayeron á su lado los señores Darnaut, Goas, Grill, Brienne y Douges.

En cuanto al señor de Vintimille, al que se le ha visto representar un papel político-religioso en el asunto de los jansenistas, y molinistas, otro papel particular en los amores de su sobrina con Luis XV, no murió sin religión, pero sí con dudas: lo que fué muy triste ejemplo para sus ovejas. El abate de Harcourt, que lo ayudaba á bien morir, quiso probarle las verdades de la religión. Al principio lo escuchó el señor de Vintimille con mucha paciencia; pero notando que se hacía demasiado difuso su discurso lo interrumpió diciéndole:

— Basta, señor abate, creo que basta; pero lo más cierto que hay de todo esto, ya lo veis, es que yo me muero vuestro amigo y servidor.